

## Nocaut

María Huertas

A las tres y cuarenta y cinco de la tarde, estaba allí, en plena calle; muy visible, demasiado visible, con más exposición que un político con cara de buenazo, de honesto y de milagrero en comunidades especiales. Sintió que la sangre se le agolpaba en la cara y quiso desviar la atención de los pequeños. En la casa cerraban los ojitos cuando en los canales comerciales aparecían escenas escandalosas o por lo menos, hacían que los cerraban. Por ello, deseó que aquellos seis ojitos tramperos no estuviesen entreabiertos a las tres y cuarenta y cinco de la tarde en que se daba aquel agarre fenomenal, aquella cura de queso calle que aquel tipo de barrio disfrutaba. Parecía haberse atragantado una pepa de Maca, árbol de poderes afrodisíacos y del que se pulverizan sus moléculas para elaborar pastillas de gran potencia sexual a juzgar por un discurso rolandobarrano (Q.E.P.D.) televisado.

Lucía muy fogoso cuando se metía en el ring, como en el momento. Prometía ser uno de los prospectos más agresivos de la época. Soñaba con ser famoso: un puertorriqueño sin olor a sudor a muchachito de parcela, con otra historia que contar que no fuera la de porvenir de un hijo del carpeteo. Sus contrarios probarían sus ganchos: a burrunazos los sacaría de balance. Le atribuirían sus barrecampos a la energía que proporcionaba la “**black sausage**” puertorriqueña, mote bilingüe para nombrar al intestino de cerdo relleno de sangre cuajada y a otras morcillas... que transportan los genes boricuas. Cierto es, que es uno de los manjares más gustosos en todas las épocas, principalmente la navideña. ¡Pregúntele a Fela y a Yeya!

Lo tenía rodeado. Parecía un pulpo que atrapaba la presa con sus tentáculos en un fogoso abrazo de oso. Llamaba la atención de cuanto transeúnte viajaba en autos parceleros o

en el carrito de San Fernando. Mientras tanto, seguía como si nada, enajenado del país de los cuatro pisos a las tres y cuarenta y cinco de la tarde. Besando... Estrujando... Abrazando... ¡Coño, a las tres y cuarenta y cinco subían a pie muchos escolares por la calle! El sol disparaba sus últimos cartuchos mientras bautizaba las axilas a los peatones que subían fatigados. Mientras tanto, continuaba allí, permanecía entregado, sordo a insultos matriarcales y a bocas pentecostales, a la bachata que generó aquel espectáculo en los chamaquitos del barrio, en los bones y tecatos levantados a las diez de la mañana que luego se marchaban a aplanar calles y a enderezar esquinas; en los viejos, con función y disfunción, consumidores de Maca, quiénes suspiraban cada vez que veían el comercial con **Maripili** adentrar sus posaderas y subir el nivel del agua de la piscina.

Su entrenador prometió conseguirle una buena pelea. Su muchacho tenía cría; él y su gente lo sabían y lo seguían. Faltaba por convencer al Conde del Ring aquel que llamaba la atención de fotoperiodistas y camarógrafos aunque saliera a la calle sin una lambía tipo Santini porque todavía no había invento que pudiera estilizarle su pelo. Recurrió a la poda, pero cercenado le adquirió un color verde intenso como si tuviera clorofila. Entonces se le prendió el bombillo y pensó que tal tinte podía utilizarse como recurso en el Departamento del Tesoro. De las greñas obtenía exorbitantes sumas hasta para fumar **Cohiba**. Dejó su trabajo de taxista y se dedicó a la promoción. Con puños de gladiadores aumentó capital; sólo seguía la pista a posibilidades y se sentaba a esperar que manejadores se le acercaran. Trabajo costó que se reconociera la calidad boxística del púgil puertorriqueño. El muchacho lucharía en el ring, pero conectar un nocaut al prejuicio para llegar a un acuerdo económico más o menos justo duró toda una cartelera.

A las tres y cuarenta y cinco estaba la calle caliente. El sol estaba caliente. El tipo estaba caliente. Las mamás con los hijitos a rastras, porque esa tarde no podían detenerse a

comprar **Doritos** y **Coca-cola**, provocaban histeria. Los chamaquitos con hormonas a punto de ebullición, miraban en vivo y les aumentaba el líbido. Tenían en sus narices lo que ofrecía el *prime time* en la pantalla del televisor asentado en las salas de sus casas. -¡Diablo, Mano!- ¡Qué canto e' loco!- Así que en esa calurosa tarde de septiembre la calle entera vivió una experiencia intensamente orgánica y no precisamente por el uso o abuso de “**Herbal Essences**”.

Por fin, le bajó la estamina. Paró de estrujar. Puso fin al prolongado beso francés y colgó los brazos. De su frente bajaban chorros. Despejaba el sudor con la manga de su **Quicksilver** que podía exprimirse y aliviar la sequía del Río Grande de Loíza. La bragueta de su **Wrangler** lucía húmeda y bastante viscosa. Buscó el agarre de la cremallera y cerró la farmacia para evitar, que en ausencia de prenda interior, cuando caminara calle arriba se le asomara el farmacéutico.

-¡Mira, Sucioooooooooo!

-¡Canto e Sucioooooooooo!

Echó a caminar. Se escurrió ladeado, su mano servía de visera al taparse del sol. Con los codos se acomodó la faja de los pantalones esgolizados hasta los glúteos. Tanteó uno de sus bolsillos y apretó. Tanteó el otro y se detuvo. Sacó una botella de líquido transparente con el marbete de una ceiba frondosa y centenaria para ofrecérsela a su boca. El líquido rodó por la comisura de sus labios y formó un pantano en su oído. La pila del cerumen evitó la entrada al canal. Por lo menos, no estaba sólo allí para que germinara en ella la mata de plátano. Le amortiguó también la bulla. Risas, insultos, jadeos, burlas... miradas con caras agrias. Le daba igual. Continuó, zigzagueando, sin rumbo. Los gritos, los insultos que le proferían, los confundía con un maremágnum que resucitaron antiguos recuerdos.

Los gametos disparados, locos por fertilizar, se escurrían en carrera loca por la corteza. El árbol del bochorno... plegó las hojas a sus tallos. Lucía mancillado. La caneca vacía golpeó

en la pared de una casa solariega y solitaria. En su tímpano, apenas se recogía, el eco del vidrio quebrado. El golpe le pareció campanazo que en un ring anunciaba un primer asalto. En el estómago, el campanazo, le noqueó la gloria, de un solo gancho lo envió a la lona. Desde entonces, permanece allí, aposentado en el cuadrilátero de su deteriorada memoria.